

**1879 – 1880**

## **Llegada de la Reverenda Madre General a Concepción, su viaje al Sur. Estadía en Ancud y Puerto Montt. Vuelta a Concepción. Viaje a Santiago. Partida a Norteamérica.**

Durante los 6 años transcurridos en este pedacito de América, tan lejos de Alemania, habían encontrado las Hermanas una verdadera Patria. ¿Cómo no desearía el maternal corazón de la Madre General conocer los lejanos lugares donde trabajaban sus hijas? Su alma heroica no retrocedía jamás ante el sacrificio ni ante las dificultades, cuando se trataba de ejercer caridad. Delante de Dios formó la resolución de cruzar el vasto océano, y así lo hizo efectivamente. Las Hermanas de Chile no se imaginaban ni pensaban en semejante dicha, de tenerla tan cerca. No les fue permitido hacerle una digna recepción, pues la noticia de su arribo llegó junto con el vapor en que ella venía. La querida Madre General, a quien acompañaban Sor Crisóstoma von Speth L., Sor Remigia Lesemeister y Sor Thais Eickmeier, se había embarcado en Burdeos el 4 de octubre de 1879, en el vapor Potosí, que ancló en Coronel el 7 de noviembre.

Como todavía no estaban unidos por el ferrocarril de Coronel y Concepción, se embarcaron en el vapor costero “Santa Rosa” con dirección a Talcahuano. El Padre Jesuita Hombs, que había hecho el viaje con la Madre General hasta Río de Janeiro, se adelantó y trajo la noticia a las playas chilenas.

Sor Leonora, Superiora local de Concepción, la buena nueva le pareció imposible, pero poco después la noticia fue nuevamente confirmada. Después de dar algunas órdenes para que las Hermanas prepararan el mejor recibimiento, se apresuró a ir a Talcahuano, acompañada de Sor Narcisa, para encontrar allí a las viajeras. Cuánto sentimos no estuviera la Madre Gonzaga, se le comunicó esta grata nueva, pero Dios había dispuesto que, en Ancud, se recibiera a la Rvda. Madre General, sin previo anuncio. En el puerto Sor Leonora y Sor Narcisa, saludaron con indecible gozo y alegría a la bondadosa Madre que, por cariño a sus hijas había llegado hasta aquí con tantos sacrificios. En menos de una hora recorrieron el corto trayecto de Talcahuano a Concepción, donde las Hermanas se habían esmerado en preparar un recibimiento digno de la Madre. Con qué dulzura y amabilidad saludó ella a todas sus hijas conocidas y con no menos ternuras a aquéllas que veía por primera vez, y que presintieron al instante, que la mejor de las Madres estaba con ellas, aunque por pocos días.

Pronto vino de Santiago Sor Lorenza, a quien se le había avisado por telegrama y acompañó después al Sur a la Rvda. Madre General con Sor Crisóstoma.

A su paso por Lebu tuvo ocasión de ver a las Hermanas, de esas que fueron al vapor para saludarla. En Valdivia, donde el vapor se detuvo más tiempo pudo desembarcar para visitar a las Hermanas y conocer la casa. Desde ahí siguió rumbo a Chiloé, anclando en Ancud el 19 de Noviembre. Mientras las viajeras contemplaban la ciudad desde el vapor, las Hermanas estaban muy lejos de sospechar la alegría que les aguardaba. Así cuenta la Madre Gonzaga: “era el 19 de noviembre de 1879, a las 6:15 antes de la santa misa, habíamos recibido la comunión y estábamos en la acción de gracias, cuando tuvimos noticias que habían llegado al puerto algunas Hermanas. Un muchacho sordo–mudo, protegido del Hospital, vino corriendo a tirarme la capa y se esforzaba por hacerme comprender por señas que en el muelle había Hermanas y entre ellas una muy alta. Como yo andaba visitando las casas y no había recibido ninguna noticia al respecto, no di crédito al niño. Luego vinieron algunas y en voz baja me dijeron:” la Rvda. Madre de Paderborn está aquí”. “han visto Uds. a las Hermanas”. “Si”, contestaron, han llegado las tres “, entonces salí de la capilla, hice una señal a Sor Augusta, para que me siguiera, contándole lo que sabía y diciéndole que debíamos ir a ver si era verdad. En este momento llegó corriendo otra vez el sordo-mudo y me traía el oficio de nuestra querida Madre General. Un grito de alegría se escapó de nuestros labios y fuimos a toda prisa al Puerto. No habíamos caminado 100 pasos cuando vimos a nuestra Madre con Sor Crisóstoma y Sor Lorenza. En realidad, era ella y nadie los sospechaba. Pero la caridad la impulsaba y la caridad todo lo vence. Después del primer saludo, la Madre se informó si aún podía recibir la santa comunión y como la misa no había concluido aún, la llevamos a la capilla y recibió la sagrada comunión con una devoción angelical. Mientras tanto, nosotras preparamos la casa y su pieza. Cuando salió de la capilla, las hermanas, novicias y postulantes la saludaron con mucha alegría, y aunque no entendía el idioma y no podía hablar con las hermanas chilenas, por su bondad y caridad se ganó el corazón de todas.

Como un rayo se esparció por la ciudad la noticia que nuestra Madre General, Paulina von Mallinckrodt había llegado. El Ilustrísimo Señor Obispo, Don Francisco de Paula Solar envió inmediatamente a su capellán para darle la bienvenida y mandó a decir que el vendría a saludarla durante el día. Nuestra Madre se encontraba feliz entre sus hijas. Recorrió el jardín, la capilla, la casa con su hermosa vista al mar, circundada de verdes montañosas riberas, todo le agradó mucho. Como nos encontrábamos en el mes de María, venía cada noche a la capilla, hermosamente adornada con flores y luces, para rendir sus homenajes a la Madre celestial, ante la imagen de María Inmaculada. Teníamos un sermón o una meditación y bendición sacramental y como era capilla pública, siempre se llenaba de personas.

El Ilmo. Señor Obispo la visitó varias veces y ella por su parte también le hizo una visita en los primeros días. Conversaban en francés, pues él no sabía alemán. Nos mandó varias cosas para que en nuestra pobre casa pudiéramos atender mejor a la Madre, y él la

honró de todas maneras, también las principales familias de la ciudad la visitaron, así que para nosotras resultó muy corta su estadía de quince días.

Durante su permanencia en Ancud visitó el hospital, donde teníamos nosotras el cuidado de los enfermos. Las hermanas lo habían adornado con flores. Los enfermos que no estaban en cama, fueron con las hermanas a recibirlas, en el portón de la casa, esparciendo flores en el camino. Uno de ellos quiso pronunciar un entusiasta discurso en castellano, al cual ella no entendió ni pudo contestar, pero, no obstante, con su amabilidad y afabilidad, se ganó los corazones,

Después a haber adorado a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento y descansado un poco del largo y áspero camino, pasó por las salas repartiendo medallas, estampas y dinero entre los enfermos, quedando todos encantados y exclamaban “viva, viva,”. Después que vio todo, pasó a tomar té con las Hermanas y se despidió de todos los de la casa.

En la Casa Madre de Ancud teníamos, además del pensionado, un colegio, al cual asistían 80 niñas, repartidas en dos clases, con varias divisiones, todas ellas saludaron a nuestra Madre, que asistió a un examen de Castellano y Alemán, repartiendo estampas en recompensa.

Con gran pena veíamos acercarse el día de la despedida. La noche anterior nos dio una hermosa instrucción sobre la humildad y caridad. Ninguna pensó en escribir sus palabras, pues estábamos muy impresionadas. Teníamos ante nuestra vista el ejemplo y la imagen viva de la humildad y abnegada caridad. Habló de la bendición, tan visible y generosamente concedida por el buen Dios y nos pidió que nos esforzáramos en practicar la humildad en los trabajos emprendidos por su amor, para que siempre su bendición estuviera sobre nosotras.

Después de la cena, Sor Lorenza le dirigió estas palabras: “muy venerada y amadísima Rvda. Madre: “sólo pocas horas nos quedan para estar unidas con Ud., carísima Madre, de una manera que jamás habíamos osado esperar. Por eso me permito en esta noche expresarle en nombre de todas sus hijas de Chile, nuestro profundo agradecimiento por su visita, visita que no sólo ha asombrado a cada una de las Hermanas de la Congregación, sino también a cuantos han sido testigos de ella. Si, mirad, queridas Hermanas, cuánto nos ama nuestra Rvda. Madre. Ni las fatigas de un viaje tan largo, ni los temores de la gran guerra entre Chile y Perú, ni la edad avanzada, con todas las molestias que la acompañan, fueron capaces de detenerla en la realización de un deseo desde tiempo atrás abrigado, deseo verdaderamente maternal de visitar a aquéllas de sus hijas más separadas por la distancia, pero no las más alejadas de su corazón.

A pesar de que nuestro idioma es tan rico en palabras, es difícil encontrar las que expresen nuestros sentimientos y deseos del corazón. Una muda admiración reemplaza al discurso entusiasta y una mirada interrogativa y dudosa sobre la realidad de la permanencia de nuestra Madre entre nosotras dará testimonio de nuestras emociones. Confundidas por la alegría de su visita y la de Sor Crisóstoma, nos encontramos incapaces de saludarla dignamente. Pero lo que falta a la forma exterior, será compensado por los sentimientos del

corazón, ya expresados cuando el buen Dios nos llamó para hacer el sacrificio no sólo de nuestra persona, sino también en el cumplimiento de nuestra santa misión en una de las más apartadas viñas del Señor, en el querido Chile. ¿A quien debemos después de Dios, esta elevada misión? ¿a quién debemos, queridas Hermanas esta elevada distinción entre tantas otras que nos aventajaban mucho en virtud y talento? ¿No fue nuestra Rvda. Madre la que nos eligió, sin fijarse en nuestra pequeñez, sin desdeñar de contar entre ellas a mí, la más indigna de todas? Penoso fue aquél día al separarnos de Ud. a quién, después de Dios y de nuestros padres, debemos la dicha más grande: la de haber sido recibidas y vivir en una Congregación aprobada por la Santa Iglesia. Su palabra, carísima Madre, instructiva, edificante, persuasiva y entusiasta, formó nuestro espíritu y nuestro corazón; su ejemplo es para nosotras estímulo poderoso en el camino de la virtud. Hoy, después de tantos años, nuestro filial amor y sumisión no han disminuido. No, más viva que nunca y más rendida es hoy nuestra obediencia. Darle gusto será nuestro constante afán y nos esforcaremos en darnos ejemplo mutuamente y hacernos felices las unas a las otras. El lazo de caridad nos unirá estrechamente, tanto más cuanto que la distancia que nos separa es más grande. En esta hora de inolvidables recuerdos, le prometemos fidelidad a Ud. y a las que en su nombre nos gobiernen. Reiteramos también nuestra promesa a la Madre Gonzaga. Aquí estamos como otro Samuel ante el atrio, prontas, no sólo al llamamiento de nuestra amada Superiora, sino a cualquier señal de la Santa Obediencia, y confiando en la ayuda poderosa de Dios para su consecución. Para todo ello le pido humildemente, para nosotras y para las Hermanas ausentes su maternal bendición”.

La Madre profundamente conmovida agradeció el amor y fidelidad manifestada y nos encomendó, bendiciéndonos, a la protección del Señor y de la Santísima Virgen.

Al día siguiente en la mañana, llegó el vapor que debía conducir las hacia Puerto Montt. Después de oír misa y de recibir la sagrada comunión en nuestra capilla, se despidió de sus amadísimas hijas, su última palabra fue: “ESFOCÉMONOS EN HACERNOS SANTAS”.

Algunas Hermanas la acompañaron hasta el puerto y yo tuve la felicidad de hacerlo con Sor Crisóstoma hasta Ancud y por todo el país. Como nuestro convento de Ancud está más cerca del mar, las Hermanas pudieron seguirnos desde lo alto de una roca de nuestro terreno hasta que subimos al vapor y nosotras durante largo rato vimos las figuras negras de las profesas y los velos blancos de las novicias, mientras lentamente nos alejábamos.

Era el 5 de diciembre de 1879. Después de 7 horas de viaje estábamos en Puerto Montt. Nos acompañó Sor Inocencia, Superiora de esta localidad, quien nos buscó en Ancud. Ella había participado de nuestra alegría en la Casa Madre y ahora se colmaban sus deseos al llevar a nuestra amada Madre Fundadora a Puerto Montt, teatro de tan grandes sacrificios. El amor es ingenioso, por eso a pesar de su gran pobreza, las Hermanas hermosearon la casa, cuidando con las comodidades indispensables para que la Madre descansara de las fatigas del viaje. Fuimos primeramente al Hospital a pie, pues, no había coches. La Madre se sirvió allí el café y permaneció dos horas en la comunidad. Enseguida

visitamos la casa de San José, situada a 20 minutos de distancia. Es una casa linda, edificada sobre una colina desde la cual se divisa el mar y las islas cercanas. Las Hermanas y las niñas se habían reunido en el gran vestíbulo, cuyas paredes estaban enteramente adornadas con flores y helechos, las niñas recitaron poesías en castellano y alemán. Sus grandes y oscuros ojos brillaban de contento cuando la madre les dio sus agradecimientos con su natural y exquisita bondad. Si en Ancud la Madre sorprendió a las Hermanas en el trajín del trabajo, aquí la buena Madre fue sorprendida en traje de fiesta, tanto más simpático, pues era las manifestaciones de su sincero cariño.

En el día de la Inmaculada, las Hermanas tuvieron la dicha de poder renovar los Satos Votos en su presencia y depositarlos en sus manos. Navidad fue celebrada con gran alegría. Se había preparado árboles de pascua para las Hermanas y las niñas, y todas recibieron regalos útiles. Nuestra Madre participó de una felicidad verdaderamente infantil. Las pequeñas le mostraron todo lo que había recibido del Niño Dios. ella exclamaba: “¡Cuán buena la caridad”, y seguía admirando los regalos para darles mayor gusto. Este mismo día después de haber asistido a la santa misa y haber recibido la sagrada comunión, fue a la hermosa iglesia de los padres Jesuitas. Después de algún tiempo atrás, los padres habían deseado fundar cerca del convento un establecimiento para niños, principalmente para los hijos de los colonos. La Madre acogió con el más vivo interés este plan, porque conocía muy bien su utilidad. Prometió a su vuelta a Alemania conversar con el Rvdo. Padre Provincial y hacer cuanto estuviera de su parte para que se realizara este deseo. Ella cumplió su promesa, contribuyendo así a la fundación de la casa de San Javier, donde los padres trabajan tanto por la educación de la juventud.

Se aproximaba el Año Nuevo me encontré. Sola con ella en sus aposentos le rogué que no nos abandonara aún, que se quedara en nuestra compañía, ya que en Alemania no se podía hacer nada a causa del Kulturkampf. Le hice ver que allá no podía vivir con tranquilidad, pues siempre la policía la molestaría, mientras que aquí podía ver florecer cada una de sus obras. Me contestó: “querida Sor Gonzaga, tengo motivos para acelerar mi viaje, pues, ya no viviré mucho. El Ilmo. Señor Obispo Conrado me ha enviado un mensaje diciéndome que no me afligiera demasiado por su muerte, pues estaba en el cielo que yo le seguiría tan pronto como tuviera en orden mis negocios. Por eso deseaba con ansias ver a todas mis hijas para despedirme de ellas”. Estas palabras me dejaron profundamente confusa, anudándoseme en la garganta toda la contestación. Al final le pregunté cómo lo había sabido y exclamé: ¡no, no, Ud. no debe morir aún. ¡La necesitamos tanto, Dios no lo permitirá!”, luego sentí flaquear mis rodillas y me senté al borde de la cama... La Madre guardó silencio. Luego cobrando ánimo se acercó a mi diciéndome: “tengo un deseo, deseo que pido a Dios se realice si es su santa Voluntad”. ¿podría ayudar en algo para que se cumpla? Todo lo haría por complacerla. ¡Oh, sí ,! Ud. también podría contribuir a su realización. Quisiera que Sor Matilde fuera mi sucesora. Ella es – según mi opinión es la mejor hermana y la más capaz, es muy fiel a la Congragación y se ha ganado la confianza de todas las Hermanas. Yo la he conocido y formado desde su juventud. Ella guiará la

Congregación según el espíritu de las Santas Reglas y según mis pensamientos”. ¡” oh, oh si ¡exclamé quiero hacer todo lo posible para que se cumpla este deseo suyo. Dándome las gracias me dijo: “no repita Ud. a nadie lo que le he dicho...! Alabado sea Jesucristo”.

Durante toda esa noche no pude conciliar el sueño y durante dos días se apoderó de mi ánimo una profunda tristeza. Al tercer día ya de noche, la Madre con su acostumbrada vivacidad me dijo: “! pero, qué cara tiene Ud.”. ¿por qué está tan callada y casi no come?”- Madre estoy tan aniquilada con el doloroso anuncio de su muerte, “¿y, no es nada más que esto? ¿no quiere Ud. conformarse con la voluntad de Dios”? Empezó luego a hablar de la felicidad del cielo con tanta elocuencia y fervor que su rostro parecía transfigurarse, y yo no podía retirar mi mirada de su hermosa y serena faz. Las palabras me consolaron mucho, me uní a la voluntad de Dios y deseé para la desterrada Madre, ese descanso y felicidad de la Patria celestial, pero – sin quererlo repercutía en mi memoria casi constantemente mi anterior expresión: “la necesitamos tanto.”.

Desde Puerto Montt, nuestra Reverenda Madre pensaba ir a Valdivia a caballo, y luego a Osorno, donde según el deseo del Ilmo. Señor Obispo de Ancud, debíamos fundar una casa de Educación. Como en su juventud había sido muy buena amazona, le parecía que ahora a pesar de sus 60 años podía emprender el viaje en unas seis a siete jornadas.

Se fue, pues, a la casa residencia de un vecino de nuestra casa de San José, Don Francisco Schwerter (padre de dos de nuestras Hermanas) para ensayarse ahí. Le dieron un caballo manso llamado Castaño, en el cual ya muchas Hermanas habían mostrado sus cualidades de amazona.

Pero el primer ensayo no resultó; con gran trabajo ayudada de una escalinata montó, pero sintió un desvanecimiento y le pareció imposible continuar. Durante un rato Don Francisco llevó el caballo de la brida, por un terreno plano, pero ella no se atrevió a ir sola. Cuando se bajó dijo tristemente: “con cuanto gusto habría ido a Osorno y a Valdivia, más, ahora el viaje no será posible, pues el vapor ya se fue y no volverá hasta dentro de 15 días.”

Nos encargó a Sor Inocencia y a mí, que hiciéramos el año próximo este viaje y viéramos y estudiáramos la proyectada fundación.

Existía en Puerto Montt, fuera del Hospital y de la Casa San José, una escuela pública con 80 niñas alemanas y chilenas. Se hallaba en la ciudad y estaba dirigida por Sor Susana y una ayudante. Durante la visita de la Madre, las alumnas después de hacerle un alegre recibimiento, rindieron un examen para mayor regocijo suyo. Despertó también su interés una de las obras emprendida por las Hermanas en Puerto Montt y en la Casa San José donde instruían sobre las verdades de la religión a algunas madres que venían de las islas vecinas. Estas desafortunadas, por ignorancia, vivían sin haber recibido el sacramento del matrimonio. Los padres Jesuítas en sus misiones, al encontrarse con estos casos, las enviaban a las Hermanas y ellos por su parte se ocupaban de la instrucción de los hombres. muchas veces era tanta su ignorancia que no sabían hacer ni la señal de la cruz, ni rezar el Padre Nuestro, ni el Credo. Las Hermanas con gran paciencia y trabajo les enseñaban lo más necesario para confesarse y algunas alcanzaban también a recibir la santa comunión. El

trabajo era tanto más abrumador, cuanto que estas pobres criaturas no sabían leer ni escribir y había que enseñarles todo oralmente, hasta que lo aprendían. Cuando se habían confesado, les administraban el sacramento del matrimonio y volvían a sus casas. Durante la permanencia de la Madre en esta casa, se realizó uno de estos matrimonios. Con gran interés preguntó si se daba a esta gente una buena comida en el día de sus bodas, antes de mandarlos a sus casas. Cuando le contestaron que generalmente tomaban café en el convento y se les daba comida para el viaje, propuso hacerles una pequeña fiesta para alegrarlos también en este día, mandándoles preparar una torta y adornándoles la mesa con flores. Los esposos estaban tan agradecidos que no sabían que decir. Después de 8 días la mujer regresó haciendo un camino de varias horas para traer unos huevos que había recogido en su gallinero.

La generosidad de la Madre se manifestaba especialmente con los pobres. A los fleteros y cargadores siempre les pagaba el doble, compadecida de sus trabajos y pobreza.

Aquí permaneció la Madre cuatro semanas. La noche anterior a su partida exhortó a las Hermanas en una magnífica instrucción, a hacerlo todo por amor a Dios y a ser buenas con los pobres. Al día siguiente por la tarde se despidió. Nos embarcamos haciendo escala en Ancud, Corral y Lebu. Llegamos a Talcahuano, puerto vecino a Concepción. ¡qué dolorosa fue para las Hermanas esta despedida! En 7 horas llegamos a Ancud donde el barco ancló 4 horas para cargar. Bajamos para hacer una visita a las Hermanas. La lancha de la gobernación que nos envió don José Ignacia Cavada, padre de dos de nuestras Hermanas, nos llevó luego a tierra. La Madre se dirigió primero donde el Ilmo. Sr Obispo para despedirse y agradecerle todas sus bondades. Nos recibió con gran atención y nos bendijo a todas. Entre tanto en el convento la esperaban con impaciencia pensaban tenerla unos 15 días, hasta el próximo vapor, esperanza que fracasó, pues la lancha debía llevarnos a bordo dentro de dos horas. A la mañana siguiente llegamos a Corral, puerto fortificado de Valdivia. Llegaron las Hermanas, pero tuvieron la gran pena de saber que esa misma noche debía seguir viaje la querida Madre. Sólo las Hermanas que había ido al Puerto, tuvieron la suerte de ver a la Madre y acompañarla a un hotel alemán, durante las horas que el vapor se detuvo, mientras las Hermanas en el Hospital la esperaron inútilmente. A las 3 de la tarde volvió a partir el vapor, quedando las Hermanas con el corazón oprimido.

Después de un feliz viaje llegamos al día siguiente a Lebu, donde permanecemos dos horas con las Hermanas. El mar muy agitado aquí por lo general, empeoró tanto que sólo con un vaporcito del Sr. Errázuriz y con mucho peligro y dificultades, llegamos a bordo. Las Hermanas estaban desconsoladas por tan corta visita. Lloraban a la orilla, mientras dos de ellas nos acompañaron, pero era tanto el movimiento de las olas que no podíamos hablar. Después de un viaje de ocho horas por un mar tempestuoso llegamos a Lota. Al día siguiente de noche, a Coronel, desde ahí nos dirigimos en tren a Talcahuano. Así terminó el viaje de nuestra Madre al Sur de Chile. Se sentía muy cansada, pero alegre y feliz al ver el celo y la buena voluntad de sus hijas cuyos trabajos bendecía Dios, además de la estimación de que

eran objeto. Sólo una cosa la apenaba: no haberse quedado ni siquiera una semana con las Hermanas de Valdivia y Lebu.

Como las Hermanas de Concepción no tenían noticias seguras, respecto de nuestro regreso, empezaron los santos ejercicios, que aquí se hacen anualmente en las vacaciones. Cuando llegamos, estaban en la mitad, tuvieron dos horas de recreo para saludarnos y luego siguieron sus devociones habituales. Nosotras también tomamos parte en estos ejercicios por los días que aún quedaban. Después la Rvda. Madre se resolvió a ir sola al Lebu, para consuelo de las Hermanas. En vano le hice presente los peligros del viaje, a causa del idioma desconocido para ella. Partió el 16 de Enero en su permanencia allá dispuso varios cambios para aliviar el trabajo de las Hermanas. El 24 de Enero Sor Crisóstoma y yo fuimos a buscarla a Talcahuano. De Lebu nos había traído una postulante, la Hna. del Sr. Cura Vivanco, y fue luego Sor Dolores. La Madre permaneció 8 días en Concepción, durante los cuales recibió la visita del Sr. Obispo Hipólito Salas y de varias Señoras. Media año más tarde el Obispo predicando en nuestra capilla, dijo: “hemos tenido la dicha de tener entre nosotros a la Rvda. Madre Superiora General y Fundadora de esta Congregación; es una gran Santa.” Estas palabras pronunciadas por un prelado santo amado y admirado en Chile, aún por los malos, causaron impresión. De Concepción la Madre siguió rumbo a Santiago, donde tenemos la casa de Huérfanos, la Purísima o Asilo de la Patria. En este viaje quiso visitar a una antigua amiga y condiscípula en el pensionado de Aachen y cuya amistad siempre había conservado. Era la Rvda. Madre Superiora de las Religiosas del Sagrado Corazón. Caroline von Lommensen, residente en la ciudad de Chillán.

Llegamos allí a las dos de la tarde, pues habíamos salido de Concepción a las 9 de la mañana. Un coche nos esperaba en la estación y nos llevó al convento donde fuimos recibidas con gran cariño y nos quedamos allí todo el día. Daba gusto ver cómo estas dos ciervas de Dios se entretenían y conversaban de cosas divinas. Todas las religiosas se empeñaban en atender a la Rvda. Madre y hacernos agradable la permanencia en su convento. En la tarde del día siguiente partimos en expreso a Santiago. La temperatura era sofocante. A las 6 de la tarde llegamos cubiertas de polvo a la capital. Al bajar del tren nos esperaban, era tanta la gente que apenas podíamos pasar. Todas querían ver y saludar a nuestra venerable Madre. Hasta el Ministro Plenipotenciario de Alemania Sr. Julich había veno con su joven esposa y otras personas para darle la bienvenida. Nos apresuramos a tomar los coches que nos esperaban, y muchos otros nos siguieron.

Al llegar a la Iglesia de la Purísima encontramos las puertas abiertas de par en par. Las Hermanas ayudaron a la Rvda. Madre a bajar del coche. Mons. Jara con capa de coro recibió solemnemente a la Rvda. Madre dándole la bendición.

Después la madre pasó entre las filas de las Huérfanas, de las Hermanas y otros espectadores, hasta el presbiterio, bajo los acordes de una banda de músicos mientras algunas niñas esparcían flores ante ella.

A los lados del altar se había preparado asientos para las viajeras. El Padre Jara pronunció su alocución en que alabó el valor y la caridad maternal de la Madre que, a pesar



su avanzada edad, no había trepidado en cruzar el océano para visitar a sus hijas en Chile, y Norteamérica, consolarlas y animarlas por sus trabajos. Terminada la ceremonia, la Madre tuvo que pasar al salón donde la esperaba la gente para saludarla. Sólo después pudo retirarse con sus hijas a cenar. Aquí nos quedamos 15 días. Visitamos a las religiosas del Sagrado Corazón, de la Providencia, de San Vicente y a algunas Señoras. Cuando devolvió la visita al Ministro Alemán, fue recibida con la mayor amabilidad. Le mostraron la casa situada en medio de un lindo jardín cuajado de flores y plantas. Le presentaron todos sus hijos, desde el mayor de unos doce años hasta el menor aún en pañales. Aunque el Sr. Julich y su esposa eran protestantes, pidieron con tanta instancia a la Madre que bendijera a sus hijos que, a pesar de su humildad, no pudo menos que acceder a sus ruegos.

Antes de nuestra partida esta familia la visitó de nuevo y el ministro le dio cartas de recomendación para los Cónsules de Valparaíso, de Panamá y para la Compañía de Navegación.

El Ilmo Sr. Obispo, Don Joaquín Larraín Gandarillas, vicario capitular del Arzobispado, no se encontraba en Santiago a nuestra llegada. Llegó unos diez días después y se apresuró a honrarnos con su visita. Hasta el presente nuestra Casa de la Purísima no había sido erigida canónicamente; se aprovechó esta oportunidad para que el Sr. Obispo entregara a la Congregación las Escrituras correspondientes, en presencia de la Madre. Quedaba la casa como propiedad nuestra, bajo la siguiente condición: en caso de que la Congregación saliera de Santiago, volvería la casa a ser propiedad de la Iglesia. La Madre firmó el contrato, aunque no le gustaba en todas sus partes, lo firmó movida por el amor a los pobres y la sumisión a las autoridades eclesiásticas. Hacía un calor sofocante, pues enero y febrero son aquí los meses más calurosos del año. Las Hermanas había mandado hacer en la pieza de la Madre que sólo tenía una pequeña ventana, un cielo raso de tela para preservarla del polvo y del calor, pero a pesar de todo, la Madre se sentía enferma y sofocada, más todo lo sobrellevó con admirable paciencia y dulzura.

En la noche anterior a su partida nos exhortó en una hermosa instrucción a que procuráramos hacer todas nuestras obras por puro amor a Dios y al prójimo. Que trabajáramos para alcanzar el cielo, que esto sólo se consigue obrando siempre con pura y recta intención, confesando con sincero arrepentimiento nuestras faltas en el sacramento de la penitencia y confrontándonos a menudo con la sagrada comunión. Que aprovechemos las gracias que la Iglesia concede, las indulgencias de las jaculatorias. Estas breves oraciones levantan siempre el corazón y lo unen a Dios. se pueden ganar en todo tiempo: de noche y de día, en la comida, recreo y descanso. Que inspirada y hermosamente habló. Se conocía que hablaba de corazón y practicaba ella lo que aconsejaba. Al día siguiente, llena de gratitud con Dios por la bendición y visible protección que había dispensado a estas religiosas desterradas de su patria, se despidió de la casa. Fue la última que visitó en su viaje.

Le agradó el carácter noble y valiente de los chilenos. Admiró su generosidad y hospitalidad para con los pobres. Se sentía feliz de dejar sus hijas en tan selecta esfera de acción.

El 19 de febrero a las 8 de la mañana, partimos a Valparaíso. Sor Lorenza y yo acompañamos a la Madre. Allí nos alojamos en el convento de las Hermanas de la Providencia que tiene a su cargo el hospital para soldados heridos. Nos habían convidado a quedarnos con ellas y la Superiora de la casa Madre de Santiago, había mandado expresamente a dos de sus Hermanas para atendernos y hacernos la permanencia agradable. Una de ellas era alemana, la otra de una distinguida familia chilena, rivalizaban todas en manifestar amor y veneración a nuestra Madre. Nos cedieron su dormitorio, acomodándose ellas en una pequeña pieza. En las salas del hospital había soldados chilenos, bolivianos, peruanos, reconciliados en caridad cristiana. Por la tarde compramos diferentes cosas para el viaje, los boletos para el vapor, cambiamos dinero chileno por norteamericano, etc. Cansadas de tanto caminar regresamos al hospital para acostarnos pronto; pero a penas lo hizo la madre sintió tan dolorosos calambres en las piernas que no sabíamos qué hacer. Yo quería llamara a las Hermanas, pero ella no lo permitió. Tristes y perplejas estábamos a su lado, mientras ella gemía en voz alta por la fuerza del dolor y ofrecía todo al divino Salvador. Duraron mucho rato estos sufrimientos, hasta que, poco a poco cesaron y nosotras nos acostamos. Por la mañana oímos misa y recibimos la sagrada comunión, luego continuamos arreglando varios asuntos. Visitamos el convento de los padres jesuitas y varias monjas. Después de mediodía llevaron el equipaje y a las tres nos embarcamos. Dos Hermanas del hospital nos acompañaron hasta el vapor, obsequiándonos café, helados y otras cosas contra el mareo.

Llevándome aparte la madre me expresó repetidas veces su agradecimiento por el buen espíritu que reinaba entre las Hermanas, por su fervor y buena voluntad, encargándome las saludara cordialmente a todas. Sor Lorenza y yo agradecemos en nombre de todas las Hermanas el amor grande que nos había manifestado y le dijimos que solamente por este viaje, ya Dios le daría el cielo en recompensa de tanto sacrificio.

Después de una dolorosa despedida, entramos con las Hermanas de la Provincia en la lancha para volvernos a tierra. La Madre y Sor Crisóstoma nos saludaban con sus pañuelos desde cubierta. Cuando algún vapor nos impedía vernos, la Madre corría de un lado a otro y se inclinaba sobre la baranda hasta que lograba ubicarnos. Parecía una gallina que ha perdido sus pollitos. Varias veces dijo a Sor Crisóstoma: “ve Ud. todavía a la Hermanas.” Sostenga mi brazo para que pueda seguir haciéndoles señas. Cuando volvimos al hospital, subimos el cerro en cuyas laderas está edificado y desde donde se divisa el puerto; pero entre tantos vapores no distinguíamos el que llevaba a nuestra queridísima Madre. Al fin, la lluvia, la oscuridad y el viento nos hicieron abandonar nuestro puesto. Entonces exclamó Sor Lorenza: “¿por qué la dejamos partir? ¿por qué no la acompañamos hasta Panamá? ¿por qué no fuimos también a Norte América? “. Las Hermanas hicieron lo posible por consolarnos, pero en vano. Nosotras estábamos convencidas de no volver a verla más. Sus últimas palabras fueron: “Dios las bendiga, Dios bendiga a cada una de las Hermanas, Dios bendiga a Chile”. Con el corazón adolorido regresamos al día siguiente a Santiago.

***Fuentes: Crónicas de la Provincia Chilena***